



Revista Bitácora Urbano Territorial

ISSN: 0124-7913

bitacora_farbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Sánchez Steiner, Lina María

Éxodos rurales y urbanización en Colombia. PERSPECTIVA HISTÓRICA Y APROXIMACIONES
TEÓRICAS

Revista Bitácora Urbano Territorial, vol. 13, núm. 2, junio-diciembre, 2008, pp. 57-72

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74811925005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Éxodos rurales y urbanización en Colombia

PERSPECTIVA HISTÓRICA Y APROXIMACIONES TEÓRICAS

RURAL EXODUSES AND URBANIZATION IN COLOMBIA
Historical Perspective and Theoretical Approaches

Lina María Sánchez Steiner

Arquitecta, Doctoranda en Planeación e Investigación Espacial de la
Bauhaus-Universität Weimar, Alemania.
linamaria@gmx.de

Recibido: 20 de septiembre de 2008
Aprobado: 10 de noviembre de 2008

Resumen

Desde el siglo XVI y hasta hoy, los fenómenos migratorios han marcado la configuración del espacio nacional e influenciado las formaciones urbanas colombianas. A mediados del siglo XX las migraciones internas del campo a la ciudad dejaron históricos efectos sobre la malla urbana del país. Población campesina, protagonista desde principios de ese siglo de la colonización agraria en la región central andina, emigró del campo y se dirigió hacia los centros urbanos, generándose un proceso acelerado de urbanización. Alrededor del tema de la causalidad de las migraciones y su incidencia en la urbanización del país se generó, en los años sesenta y setenta, un debate teórico, el cual cobra vigencia en la discusión sobre la reconfiguración urbana de hoy. Desde los años ochenta, Colombia experimenta nuevos éxodos rurales causados por la agudización del conflicto armado en el campo. La masiva migración forzada tiene hoy también una clara incidencia en la transformación de las ciudades contemporáneas. ¿En qué medida y de qué manera el desplazamiento forzado incide en el proceso actual de urbanización en Colombia? El presente artículo pretende hacer un aporte en esa dirección.

Palabras clave: Éxodos rurales, urbanización, ciudades colombianas, transformación territorial urbana.

Abstract

From the 16th century until today, the migratory phenomenon in Colombia have marked the configuration of the national space and influenced the formation of Colombian urban agglomerations. During the middle of the 20th century, internal migrations from rural areas left historical effects on the country urban net. Rural population, a protagonist since the beginning of century of the agrarian settling in the central Andean region, left the rural zones and headed towards the cities, generating an intense process of urbanization. A theoretical debate about the topic of the causality of the migrations and its influence in the urbanization of the country has been generated in the 60's and 70's. The debate is still relevant for the discussion on nowadays urban reconfiguration. From the mid 80's, Colombia has experienced new rural exoduses caused by an escalation of the armed conflict in rural areas. The massive forced migration today has also a clear influence in the transformation of the contemporary cities. How is forced displacement affecting the current process of urbanization in Colombia? This paper tries to answer this question.

Keywords: Rural exoduses, urbanization, colombian cities, territorial urban transformation.

Perspectiva histórica y aproximaciones teóricas¹

*La violencia agraria es la “partera”
de la ciudad colombiana.
Jacques Aprile-Gniset*

Introducción

El presente artículo expone la relación entre los fenómenos migratorios internos y el desarrollo de la urbanización en Colombia desde una perspectiva histórica, y presenta los principales postulados teóricos que alrededor del tema se han planteado desde los años sesenta del siglo XX y cuyo debate cobra vigencia en el presente con la reflexión sobre el desplazamiento forzado actual y su incidencia en las transformaciones territoriales de la ciudad colombiana contemporánea.

En un primer punto se presentan los antecedentes de la urbanización en Colombia, haciendo referencia a los procesos de colonización agraria, las migraciones y los conflictos de tierras que dieron lugar a la ciudad moderna. En el segundo punto se presentan las diferentes y opuestas explicaciones que teóricos ofrecieron para entender el proceso acelerado de acumulación urbana a mediados del siglo XX y su relación con los éxodos del campo a la ciudad. También se exponen las diferentes aproximaciones acerca del carácter de las transformaciones territoriales y el proceso de asentamiento de inmigrantes en las ciudades. Como aporte de la autora, se hace una interpretación crítica del debate teórico y se propone una visión integradora de las distintas argumentaciones. Su entendimiento, en conjunto, permite comprender la particularidad del caso colombiano respecto al latinoamericano.

El tercer punto trata sobre las nuevas expresiones espaciales de la urbanización del país desde las últimas décadas del siglo XX y su relación con los nuevos procesos de colonización en las selvas colombianas, el conflicto armado y las migraciones forzadas recientes. Se analiza la incidencia del desplazamiento forzado en el proceso actual de urbanización y se exponen las primeras aproximaciones teóricas respecto al carácter de las reconfiguraciones espaciales en las *ciudades-refugio* de hoy.

¹ Este artículo hace parte de los avances de la tesis doctoral de la autora. Su contenido fue presentado parcialmente en el Seminario Internacional Procesos Urbanos Informales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre de 2007.

Antecedentes de la urbanización en Colombia en el período 1850-1950: colonización agraria, migraciones, conflictos en el campo y economía exportadora dan origen a la ciudad moderna

Hasta mediados del siglo XIX, la red de ciudades más pobladas se encontraba en la cordillera Oriental (eje Bogotá-Pamplona) y en el altiplano Pasto-Popayán. Tal panorama cambió a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando empezaron a surgir ciudades en la cordillera Central debido a la migración de población de las tierras altas de la cordillera Oriental (como en la región santandereana) hacia las tierras templadas de las vertientes cultivadoras de café (por ejemplo, el Gran Caldas). Antioquia, los Santanderes, la zona del Alto Magdalena y el Valle del Cauca aumentaron también su densidad poblacional. Las primacias urbanas y la red de ciudades evolucionaron y se transformaron conforme a los procesos demográficos y sociales, ligados al desarrollo económico del país (Bernard y Zambrano, 1993: 224ss).

Jacques Aprile-Gniset y Gilma Mosquera han aportado una particular interpretación sobre la evolución urbana en Colombia, que a juicio de la autora de este artículo, es una de las aproximaciones a partir de la disciplina del urbanismo más acertadas y mejor fundamentadas teórica y empíricamente, y que por su relevancia merece ser cuidadosamente estudiada, difundida y retomada en los análisis de la ciudad de hoy. A partir de entender el proceso territorial del país como un solo conjunto rural-urbano, sus investigaciones han demostrado que la explicación de los orígenes, el proceso y la especificidad de la ciudad colombiana contemporánea se encuentra en el campo (Aprile-Gniset, 2007).

Los autores argumentan, que el período comprendido entre 1840-1850 y 1930-1950 se constituyó en un momento clave en el poblamiento territorial del país, durante el cual se produjeron las condiciones indispensables previas al proceso de urbanización moderna: de un país de ínsulas aisladas, pasó a unificarse, volviéndose sede de una sociedad agraria. Este período no propició la ciudad actual pero engendró una serie de poblados y aldeas, germen de la ciudad contemporánea. Los sucesos que generaron tales cambios tienen que ver, por un lado, con factores de naturaleza económica, relacionados con el interés de insertar

al país en el mercado externo e impulsar la producción de exportación, y por otro lado, con los factores de tipo social, ligados a los conflictos por la tenencia de la tierra y a la colonización agraria. Ya desde finales del siglo XVIII se venían produciendo transformaciones espaciales como la ampliación de las fronteras agrícolas y la dispersión y colonización a cargo de negros esclavos y campesinos mestizos pobres (Aprile-Gniset y Mosquera, 1978: 69).

A fines del siglo XIX y principios del XX, en diversos lugares de la región central del país como Caldas, Antioquia, Valle, Huila, Cundinamarca y Santanderes, se produjo la *colonización popular agraria*: debido al desequilibrio tierras-demografía, se generó una expulsión de excedentes de población en el campo. Campesinos sin tierras o provenientes de terrenos poco productivos en las montañas migraron con el fin de buscar y colonizar tierras bajas más fértiles, ubicándose en las vertientes cordilleranas (las mejores tierras bajas ya habían sido acaparadas por las haciendas). Para ese momento, la rentabilidad de la producción cafetera había sido ya demostrada en buena parte de la región central, lo que atrajo más cultivadores y colonos hacia las vertientes, donde precisamente estaban las tierras aptas para el cultivo y, al mismo tiempo, aquellas despreciadas por las haciendas, es decir, las laderas vírgenes de menor calidad, sin poblar ni titular: las tierras baldías (Aprile-Gniset y Mosquera, 1978: 90s).

La colonización popular agraria de tierras baldías conllevó posteriormente a que se produjeran nuevas fundaciones urbanas. Aprile-Gniset y Mosquera (1978: 95s) ofrecieron una explicación clara de los procesos que condujeron a las fundaciones: primero, una o varias familias de *colonos pioneros* (campesinos sin tierra que llevan a cabo la primera ocupación) ocupan un lugar virgen sin titular, y adelantan la tarea de desmonte, autoconstrucción de una vivienda precaria y cultivo de productos de subsistencia. Luego de las primeras cosechas se va consolidando el hábitat: se expanden los cultivos, se amplía la vivienda y se diversifican las siembras. Lentamente los colonos se insertan en los circuitos comerciales y el vecindario se cohesiona alrededor del trabajo, el comercio y el funcionamiento comunitario. En un sitio donado por un poblador, por lo general de tamaño reducido, de difícil manejo y en zona de pendientes pero con accesibilidad a la malla de comunicación existente, se funda el poblado. Los colonos experimentan la fase híbrida agro-pueblo; los hijos de los pioneros se radican en el pueblo pero siguen explotando las tierras, adelantan acciones para conseguir vías y servicios de transporte, salud, educación y comercio. Así el caserío se incorpo-

ra administrativamente a un municipio, por lo general como corregimiento, y en algunas ocasiones llega a convertirse en cabecera municipal.

Es así como la colonización popular de vertientes introdujo un nuevo cambio en la estructura rural y urbana, elaborando su propio patrón de malla urbana (Aprile-Gniset, 1992: 75ss). Las nuevas fundaciones urbanas de este período demostraron la existencia de un país rural y una sociedad agraria; fueron producto del trabajo del colono rural en busca de mercado. En las décadas de los años treinta y cuarenta ya se habían producido en el país amplias colonizaciones agrarias que elevaron la producción agrícola y la población rural (70% del total), constituyéndose en un sector importante en la economía agrícola (Aprile-Gniset y Mosquera, 1978: 173). El surgimiento de la nueva trama urbana adecuó y renovó el sistema nacional de ciudades, relevando la antigua y ya obsoleta red creada en la época de la Conquista, de la cual hacían parte, entre otras, las ciudades de Cartagena, Santa Marta, Mompox, Popayán, Tunja, Pamplona. La vieja red, al estar desligada de las nuevas exigencias socio-económicas, perdió su importancia. De la proliferación de nuevas fundaciones del siglo XIX, surgió lo esencial de la malla actual del país.

Sin embargo, este proceso de colonización y fundación inicialmente de carácter pacífico, se desarrolló después dentro de un contexto conflictivo. Los colonos pioneros fueron lentamente desplazados de sus parcelas de minifundio para dar paso a la finca latifundista. El proceso de destierro ha sido descrito por Aprile-Gniset y Mosquera (1978: 100), así: luego de que el campesino adecua la parcela sin titular y la valoriza, llega un mercader foráneo que ha esperado por el producto del trabajo del campesino, y bajo presión le compra las *mejoras* (bienes producto del trabajo sobre el terreno). Sin saberlo, el colono pionero ha creado las condiciones para su posterior desalojo. Con la adquisición de las *mejoras* de numerosas parcelas, el mercader o nuevo colono negociante forma grandes fundos e introduce café o ganado. Ubica su residencia en la cabecera, volviéndose señor y amo de la nueva fundación. El colono pionero emigra, entonces, a otro sitio virgen a desmontar de nuevo, con lo que amplía sucesivamente la frontera agrícola, o se dirige a un pueblo cercano y se introduce en el comercio local.

Paralelamente, y a lo largo de la primera mitad del siglo XX, entre colonos pioneros y otros especuladores urbanos se inició una lucha por la tenencia de tierras baldías. Tanto los mercaderes que financiaron las guerras

para la Independencia como aquellos que aportaron capital y técnica para la construcción de la malla de comunicaciones, presentaron al Estado bonos de deuda pública, reclamaron su pago y en el marco de las políticas estatales de concesiones recibieron tierras baldías con su respectiva titulación (Aprile-Gniset, 2007: 18). Tales tierras coincidían con aquellas que miles de campesinos ya habían colonizado y valorizado con su trabajo. Se generaron así conflictos territoriales y se fortaleció la implantación del latifundio como forma de dominación, influida por los mercados externos (Fajardo, 2002: 39).

Esos conflictos fueron el origen de la guerra civil que estalló a finales de los años cuarenta y se extendió hasta mediados de los años sesenta, período conocido como *la violencia*. La guerra motivó grandes migraciones de campesinos, de los cuales una buena parte se dirigió a las ciudades y otra parte, a otras zonas rurales con nuevos frentes de colonización que, posteriormente, representaron una acelerada ampliación de la frontera agraria en varias regiones del país (Fajardo, 2002: 60). Como se verá más adelante, los desplazamientos forzados masivos de campesinos y de colonos pobres finalmente desterrados incidieron decisivamente en el proceso de urbanización del país.

Proceso de urbanización y fenómenos migratorios internos en el período 1950-1980: Colombia, ¿un caso particular en América Latina?

El debate alrededor de la causalidad de las migraciones y su relación con la urbanización: ¿procesos voluntarios o forzados?, ¿estructurales o coyunturales?, ¿globales o locales?

Colombia pasó rápidamente de ser un país rural a ser un país urbano. En 1938 contaba con 8,7 millones de habitantes, de los cuales el 31% se ubicaba en centros urbanos; en 1951 la población total llegó a 11,5 millones, con un 39% urbano; en 1964 ascendió a 17,4 millones de personas y la población urbana alcanzó un 52% (Cuervo y Jaramillo, 1987: 356s). Para 1973, Colombia alcanzó los 22,8 millones de habitantes, de los cuales ya un 59% residía en centros urbanos; en 1985 llegaba a los 30 millones,

con un 65% de población urbana. Ya en 1993, si bien el crecimiento demográfico seguía en aumento, la aceleración de la concentración urbana se hacía más lenta: Colombia contaba con más de 37,6 millones de personas, de las cuales el 68% se encontraba en centros urbanos (DANE, 2007).

Diversos autores coinciden en afirmar que la acelerada acumulación urbana que se produjo en Colombia a mediados del siglo XX tuvo que ver parcialmente con un rápido crecimiento demográfico producto de las altas tasas de fecundidad y el descenso de las tasas de mortalidad en las zonas urbanas, pero principalmente con una fuerte movilidad poblacional traducida en las migraciones internas del campo a la ciudad. Los cambios económicos, sociales y políticos desarrollados en el país desde finales del siglo XIX, relacionados con la economía cafetera, la modernización de la agricultura, del transporte y de la infraestructura de servicios, la naciente industrialización, los conflictos por tierras en el campo, la polarización política, entre otros, tuvieron que ver con los fenómenos migratorios.

¿En qué medida influyeron tales factores en la urbanización del país? ¿Es el proceso de urbanización en Colombia un caso particular en América Latina? ¿Qué grado de incidencia tuvieron fenómenos estructurales económicos mundiales?, ¿y qué grado los fenómenos sociales locales? Con base en diferentes disciplinas y enfoques, numerosos expertos han intentado ofrecer respuesta a estos interrogantes. Las versiones son muy distintas y en ocasiones excluyentes, lo que hace del debate una discusión polarizada y a veces confusa, aún vigente. Se intenta acá exponer las diferentes posiciones teóricas y plantear una postura crítica, que en lugar de complejizar aún más la discusión, pretende mostrar cómo las diversas argumentaciones están interrelacionadas y su entendimiento en conjunto permite comprender la particularidad del caso colombiano.

Respecto a los factores económicos, surgieron varias aproximaciones. Las políticas económicas del país, relacionadas con las exportaciones e importaciones, así como con los intentos de industrialización y modernización agropecuaria, estaban, como se sabe, inmersas en los procesos económicos estructurales mundiales. Algunos economistas han atribuido a esos procesos mundiales la causa de las migraciones internas y la urbanización en Colombia. Debido a que paralelamente otros países latinoamericanos experimentaban similares procesos de inserción al mercado mundial y, a su vez, similares procesos de migración interna y urbanización acelerada, se

ofreció una explicación conjunta para todos. La urbanización en Colombia habría sido, entonces, como en Latinoamérica, un efecto territorial de la acumulación capitalista en una relación de dependencia económica entre el centro (países desarrollados) y la periferia (países en desarrollo). Con esto, la penetración del capitalismo en el campo (agricultura comercial) y el estancamiento de las estructuras agrarias de minifundio y latifundio no permitían que la superpoblación fuera absorbida por el campo, provocando las migraciones y la acumulación urbana (Jaramillo, 2007). En ese sentido, el caso colombiano no habría presentado mayores diferencias respecto al caso latinoamericano.

Sin embargo, a pesar de que tal aproximación teórica explica en parte el fenómeno de urbanización, no es suficiente para entender la complejidad del caso colombiano. Como se anotó en el punto 1, Colombia, a su vez, experimentaba cambios internos de restructuración territorial, relacionados ya no solo con factores económicos sino con factores sociales ligados a los conflictos por la tenencia de la tierra en el campo. Esos factores llegaron a tener tal relevancia en Colombia, que desembocaron en la guerra civil de *la violencia*, fenómeno no sucedido en otros países vecinos y que hace que el caso colombiano, en efecto, presente diferencias con respecto a los procesos migratorios y de urbanización del resto de países latinoamericanos. En ese sentido, quizás las diferencias radican en el carácter propio de esos procesos, en su expresión local, en la forma como se desarrollaron como resultado de la mezcla explosiva de factores económicos globales con factores socio-políticos locales, generando una dinámica particular.

Pero, ¿qué grado de incidencia tuvo *la violencia* en la urbanización del país? Es necesario hacer primero un breve recuento y una aclaración conceptual de lo que aquí se entiende como *la violencia* como factor impulsor de población. Es importante tener claro, como se describió en el punto 1, que la guerra desatada, antes de ligarse a pugnas políticas partidistas, tuvo su origen en los conflictos de tierras entre campesinos colonos y latifundistas, iniciados desde finales del siglo XIX en la región central de Colombia. Aprile-Gniset y Mosquera (1978: 173) señalan que desde principios de siglo XX existió una persistencia del uso de la violencia en el campo, constituyéndose en el medio utilizado por los poderes económicos para la apropiación y recuperación de las zonas de colonización agraria popular y en una estrategia de defensa por parte de los colonos pioneros para conservar las tierras trabajadas.

Pero como anota Palacios (1995: 31), el campesinado no pudo liberarse del bipartidismo político liberal-conservador. La intervención de gamonales y párracos transformó el conflicto socio-económico alrededor de la tenencia de tierras baldías en fuertes rivalidades políticas partidistas entre veredas, corregimientos y municipios. Las diligencias de resolución de conflictos por posesión de tierras se fueron cargando de una atmósfera política, por cuanto el campesino necesitaba de un padrino político para lograr un arreglo en la legalización de las tierras o en la disputa de linderos entre vecinos. Tal situación se tradujo en una pugna política por el control electoral en las zonas rurales.

Tras las revueltas conocidas como el Bogotazo, desatadas en Bogotá el día del asesinato del líder liberal y candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, se inició el conocido período de *la violencia*, cuyo escenario principal fueron las zonas rurales de la región central de Colombia y que se desarrolló en el marco de un autoritarismo conservador bajo el mecanismo político represivo del *estado de sitio*². La muerte de Gaitán propició una radical polarización entre partidos y una mayor división dentro de los mismos. En una constante disputa del poder político, generaron una fuerte crisis en la democracia representativa, lo que derivaría en un crudo conflicto armado en el campo, protagonizado por el aparato policial y militar y por bandas armadas al servicio de ambos partidos.

Diez años después del Bogotazo, las altas esferas de los partidos políticos firmaron un pacto de paz que dio inicio al *Frente Nacional*³. Sin embargo, los conflictos violentos en el campo continuaron. Las guerrillas campesinas, aliadas inicialmente con los liberales y luego cercanas a la causa comunista, enfrentaron, además del ejército, a nuevos movimientos contraguerrilleros, paramilitares o “grupos de autodefensa” creados a inicios de los años sesenta, los cuales permanecieron fieles a los conservadores y a los terratenientes. Haciendo parte de la estrategia contrainsur-

gente de las Fuerzas Militares, los paramilitares realizaban operaciones sucias sin comprometer al ejército y llegaron incluso a ganar status legal mediante un decreto-ley en 1968 (Palacios, 1995: 263s). La lucha entre guerrillas de izquierda, militares y paramilitares se prolongaron hasta mediados de los años sesenta, tiempo en el cual el conflicto cedió cuando ya el ejército había destruido los grupos guerrilleros más notorios y se reportaba la descomposición de las bandas restantes. No obstante, en ese momento se estaban gestando las condiciones para la reorganización de nuevos grupos de guerrilla⁴ (Palacios, 1995: 234).

La situación de violencia política fue aprovechada por mayordomos, negociantes y políticos locales, apoyados en los grupos paramilitares, para efectuar mediante amenazas y asesinatos el despojo de fincas y la manipulación del negocio de cosechas de café y ganado y del mercado de trabajo (Palacios, 1995: 233). Basado en los anteriores argumentos, Aprile-Gniset (1992: 554) concluye que el conflicto que padeció el país entre 1946 y 1965, y que dejó en Colombia más de 300 mil muertos y alrededor de 3 millones de campesinos desterrados, fue una guerra agraria con pretexto político que impactó en forma más aguda a las zonas más ricas de la nación, aquellas donde se desarrollaba la producción cafetera de exportación y que coincidían con las regiones en las cuales se produjo la colonización popular de tierras baldías.

Es evidente que durante el fenómeno de *la violencia* se produjeron grandes migraciones forzadas del campo a la ciudad. No obstante, como se anotó anteriormente, diversos teóricos ya no solo de las ciencias económicas sino también de las ciencias sociales, han debatido enérgicamente acerca de su grado de incidencia en el acelerado proceso de urbanización. A finales de los años sesenta y durante la década de los setenta, varios investigadores con base en la demografía y la sociología, dentro de los cuales Ramiro Cardona fue el más representativo, lideraron la investigación sobre la urbanización y su relación con los fenómenos migratorios.

Por un lado, Cardona (1968: 16s) también comparó y equiparó el proceso de urbanización en Colombia al proceso latinoamericano: señalaba que en estos países, el proceso no estuvo ligado a verdaderos adelantos industriales y, más bien, fue un resultado de la gran pobreza rural. Urbanización no fue sinónimo de industrialización,

2 El *estado de sitio* es un régimen de excepción que los gobiernos pueden declarar en situaciones excepcionales y que otorga atribuciones especiales al poder ejecutivo, a fin de mantener el orden público interior. En Colombia, el *estado de sitio* se declaró después del Bogotazo y se prolongó, con algunas intermitencias, por más de cuarenta años.

3 El *Frente Nacional* fue el período en el cual los partidos liberal y conservador se turnaron la presidencia y la burocracia en todos los niveles de gobierno desde 1958 hasta 1974 y permitió una relativa estabilidad política durante 16 años, sin que esto significara la resolución del conflicto socio-económico de tierras en el campo que era el que originalmente había provocado la guerra.

4 En 1964 se crearon las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–.

como sí lo fue en los países desarrollados. Por otro lado, apoyado en los planteamientos de Lauchlin Currie, Cardona percibía la urbanización como un proceso irreversible e incluso positivo y afirmaba que la migración rural-urbana estaba determinada por las inferiores condiciones de vida de los pobladores del campo respecto a las de los habitantes urbanos.

Según sus primeros estudios empíricos, basados en encuestas a inmigrantes, realizadas en barrios populares de Bogotá, la migración a las grandes ciudades no era producto de la violencia en el campo ni consecuencia de un engaño a los campesinos deslumbrados por la forma de vida en las ciudades, como comúnmente se manifestaba. Las condiciones de vida que los migrantes tenían en las grandes ciudades eran superiores a las que tenían los pobladores en el campo y eso era lo que provocaba la migración. El autor argumentaba que en Colombia el inicio del proceso de urbanización coincidió con el desarrollo de una situación de violencia política en el campo, sin embargo, ella no fue un factor relevante de migración hacia las grandes ciudades y, más bien, aquellos habitantes rurales que se veían obligados a desplazarse por razones de inseguridad, si no estaban motivados a migrar a una ciudad grande, lo hacían a conglomerados urbanos intermedios, donde adquirían alguna seguridad y su situación socio-cultural continuaba similar a la del lugar de origen (Cardona, 1968: 8s). Además, independientemente de las razones que motivaban a las personas a abandonar su lugar de origen, era de esperarse que migraran a una región desarrollada industrialmente, urbanizada y con altos niveles de educación. Tal decisión dependía no tanto de las razones que producían la emigración sino, más bien, de las condiciones que ofrecía el sector de destino. Los más importantes flujos netos de migración interregional en Colombia se daban, entonces, por decisiones racionales y concientes de los emigrantes, movidos por razones socio-económicas (Cardona y Simmons, 1978: 59ss).

McGreevey (1968: 211ss) reivindicaba los estudios que demostraban que las causas de la migración se debían a motivos económicos y que la falta de tierra en la zona rural era un factor determinante en el éxodo del campo a la ciudad. Pero, por otro lado, apoyaba la tesis preliminar de Cardona y afirmaba que la hipótesis de la violencia como causa de emigración rural era una aproximación *a priori*, fundada en las ideas populares de la magnitud de muertes, violaciones y asesinatos políticos, lo que diferentes estudios empíricos contradecían, por cuanto pocos inmigrantes en las ciudades mencionaban la huída de la violencia como una causa para abandonar el campo. Sin embargo, según el autor, del análisis de varios estudios se podía concluir que la violencia rural incrementó el proceso migratorio intradepartamental, debido a que los campesinos se refugiaban en el pueblo más cercano, pero no tuvo influencia en la migración interdepartamental (McGreevey, 1968: 217).

Habría que preguntarse aquí, que entendían por “violencia” o *la violencia* los inmigrantes encuestados. Como se anotó antes, el concepto de *la violencia* tuvo confusas interpretaciones; el saber común lo relacionó exclusivamente con el conflicto político bipartidista y no como un conflicto agrario de origen social y económico alrededor de la tenencia de la tierra, como lo interpreta Aprile-Gniset. En este sentido, si McGreevey y Cardona argumentaban que la falta de tierra rural y las precarias condiciones socio-económicas de los campesinos eran un factor determinante en el éxodo del campo a la ciudad, indirectamente aceptaban que *la violencia*, o mejor, que el conflicto agrario (bajo las presiones de la agricultura capitalista), luego convertido en el conflicto bipartidista, jugaba un rol preponderante en los fenómenos migratorios en Colombia.

Pero, por otro lado, Segundo Bernal (1973: 51) argumentaba que la población se movilizaba desde las zonas de depresión del país (zonas de repulsión demográfica) hacia las áreas de progreso (polos de atracción demográfica). En otras palabras, de aquellas zonas conocidas como “zonas de atraso”, pobladas por campesinos ubicados en pequeñas cabeceras municipales con ausencia de servicios públicos e institucionales, se producía la migración a las áreas conocidas como “ejes de desarrollo”, donde se ubicaban las metrópolis, los “grandes” centros manufactureros, comerciales, financieros y culturales. Esto reflejaba, según Bernal (1973: 57s), que el desarrollo o subdesarrollo de las zonas del país estaba directamente relacionado con las tasas de inmigración.

Aprile-Gniset criticó las tesis de varios de los investigadores antes citados. Afirmó que sin tener en cuenta las particularidades del caso colombiano y asemejándolo al de otros países, los otros autores calificaron las migraciones internas como pacíficas, voluntarias y originadas por la atracción de los polos urbanos. Pero según Aprile-Gniset, sus investigaciones comprobaron lo contrario, que las migraciones eran, en realidad, éxodos masivos, forzados y prolongados, en condiciones bélicas por expulsión y des tierra de campesinos preocupados por sobrevivir (Aprile-Gniset, 1992: 581ss). Adicionalmente, argumenta que lo que diferenció la urbanización en Colombia de la de otros países no fue en sí la rápida concentración urbana sino la forma como se dio: “fue un proceso forzado no ‘natural’, si se puede decir, un movimiento impuesto ‘a la brava’; operó por medio de una guerra campesina de clases, una auténtica guerra agraria” (Aprile-Gniset, 1992: 554).

Para el autor, el proceso de urbanización en Colombia se dio de manera anormal, producido en medio de unas condiciones políticas y sociales también anormales enmarcadas en la situación de excepción del estado de *sitio* decretado por el gobierno después del Bogotazo. Adicionalmente, sus estudios demostraban que las zonas rurales expulsoras de población no eran zonas económicamente depresivas; al contrario, era la región central del país, la más rica, la que, aunque gozaba de una prosperidad agrícola creciente alrededor de la producción cafetera, expulsaba la población campesina (Aprile-Gniset, 1992: 582s). Esta aseveración la confirmaban Fornaguera y Guhl (1969: 17) con los resultados de sus estudios estadísticos del período censal 1938-1964, en los que demostraban que las áreas de emigración rural en Colombia fueron preferencialmente las más tradicionales, las más densamente pobladas, las cafeteras y aquellas donde las relaciones de tenencia de la tierra y las técnicas de cultivo

permanecían estacionarias por razones culturales, sociológicas y ecológicas.

Por otra parte, Aprile-Gniset sustenta que el fenómeno no impactó solo a las ciudades mayores como Bogotá, Medellín y Cali, sino a todo el sistema urbano nacional. Las altas tasas urbanas se verificaron también en ciudades menores, en centros que no pasaban de 20 mil habitantes e incluso aquellos que no alcanzaban las 5 mil personas, lo que contradecía la tesis de que la urbanización fue el producto de una atracción ejercida por la industrialización. En ese sentido específico el autor coincidía con Cardona, en cuanto afirmaba que el desplazamiento demográfico fue en efecto un proceso divorciado del proceso de industrialización. Reiteraba, sin embargo, que fue un suceso artificial, descontrolado y deformado provocado por la dependencia externa (Aprile-Gniset, 1992: 555). Según el autor, hasta los años cuarenta las migraciones hacia las ciudades eran de tipo pendular y no tendían a una fijación urbana definitiva. Los migrantes se desplazaban temporalmente a frentes urbanos laborales, como el empleo en la construcción, pero no perdían el nexo con el campo ni ambicionaban una sedentarización urbana; una vez se acababa el empleo temporal, regresaban a su hábitat rural. Pero desde los años cuarenta se pasó a un segundo nivel de urbanización, esta vez acelerado e intenso, y la ciudad existente experimentó un colapso (Aprile-Gniset, 1992: 594).

Al contrario de la tesis bandera de Ramiro Cardona, Aprile-Gniset y Mosquera consideraron que la ciudad moderna fue uno de los “derivados” de la violencia y el producto de una urbanización forzada y acelerada. Tal período fue, entonces, una guerra agraria de “reconquistita” de tierras, una guerra intensa de laderas y vertientes, una guerra entre agricultura de pan coger (o de subsistencia) y agricultura de exportación. Detrás de las luchas violentas de grupos de liberales y conservadores y de las fuerzas armadas, entraron después los especuladores, los bancos y las grandes compañías agrícolas capitalistas. Los futuros latifundistas buscaron los mecanismos para apoderarse luego, legal y exitosamente, de las pequeñas parcelas familiares de los colonos pioneros, ahora desterrados (Aprile-Gniset y Mosquera, 1978: 174; 1992: 551).

Al revisar los datos censales de población se comprueba que la aceleración del proceso de urbanización empezó a ceder a finales de los años setenta. Para Aprile-Gniset (1992: 556), la desaceleración en los años ochenta indicaba que “en muchas áreas rurales la fuente se secó”. Así, las ciudades dejaron de crecer con el intenso ritmo de antes.

Después de revisar las diversas aproximaciones teóricas respecto a las migraciones y al acelerado fenómeno de urbanización de mediados del siglo XX, se puede concluir que en su mayoría, las tesis que se originaron tanto de la economía como de la sociología y el urbanismo, están interrelacionadas y no necesariamente excluidas entre unas y otras. Primero, para la mayor parte de los investigadores fue claro que el proceso de urbanización colombiano, como el latinoamericano, no se asemejó al proceso europeo en cuanto que la urbanización no se produjo como consecuencia de un proceso de industrialización. En ese sentido, la teoría del desarrollo industrial como atractor de mano de obra y generador de acumulación urbana se descartó para el caso colombiano. Por otro lado, es coherente la tesis de que los procesos económicos mundiales, ligados a la acumulación capitalista, incidieron directamente en las migraciones del campo a la ciudad, en cuanto la penetración de la agricultura comercial (café, ganado, caña, etc.) generó cambios sobre la propiedad de la tierra, y dejó fuera del juego a los pequeños campesinos sin tierra. Por supuesto, la falta de tierras se reflejó en una situación socio-económica precaria para los campesinos, motivando su éxodo a las ciudades. La única esperanza del campesino era, entonces, poder reconstruir su proyecto de vida en las ciudades beneficiándose del “prometedor” proceso de modernización, al cual le apostaba el Estado y del cual hizo generosa propaganda.

Pero a modo de ver de la autora de este trabajo, la inserción de los procesos económicos externos de acumulación capitalista no estuvo en Colombia al margen de los procesos sociales internos; por el contrario, estuvo ligada al conflicto social agrario, fue el detonante de los conflictos por la tierra, originó el despojo de parcelas “a las buenas o a las malas”, y generó el desplazamiento masivo de población a las ciudades en medio de una lucha violenta que, mezclada con las pugnas políticas, desembocó en lo que se llamó *la violencia*. El resultado de la interrelación de las variables externas e internas es lo que explica la particularidad del caso colombiano.

Características de la transformación espacial de las ciudades, formas de ocupación y proceso de asentamiento de inmigrantes

Alrededor del tema de la urbanización no solo se han producido investigaciones que han ofrecido distintas y opuestas teorías para explicar las causas del fenómeno. También ha habido estudios que han profundizado sobre la forma como se dieron las transformaciones espaciales en las ciudades receptoras de migrantes, así como los procesos de inserción y asentamiento de los nuevos pobladores.

Aprile-Gniset y Mosquera (1978: 69) definen el término *urbanización* como una fase posterior a la etapa de concentración urbana provocada por la acumulación de flujos humanos, bienes, dinero y productos en un lugar centralizador; la concentración implica y exige la posterior adecuación y transformación del centro y es esa fase subsiguiente en la cual la aglomeración urbana se convierte en ciudad. Así, Aprile-Gniset afirma que terminada la fase cuantitativa de acumulación urbana en Colombia, empezó, desde mediados de los años sesenta, la fase cualitativa de transformación y adecuación de las ciudades (Aprile-Gniset, 1992: 556).

Aprile-Gniset señala que con la guerra rural y la crisis que desde finales de los años cuarenta afectó la colonización popular agraria, se inició la *colonización popular urbana*, que entró a sustituir la agraria. Se pasó de colonización de tierras baldías de la nación a colonización de ejidos del cabildo (terrenos públicos municipales). Ambos procesos de colonización iban ligados: el decaimiento del primero propició el surgimiento del segundo. La *colonización popular urbana* se constituyó en un rasgo característico de la fase moderna de la urbanización, cuyo proceso fue explicado así:

(...) las tierras que circundaban al poblado, consideradas como "inconstructibles", subutilizadas y despreciadas se integran a la urbe moderna por medio de un verdadero proceso de colonización urbana popular, en el cual se observan muchos rasgos típicos de la colonización agraria del período anterior. (...) Aunque opera en menor o mayor grado, en una u otra ciudad, se puede afirmar que la urbe colombiana nueva, en gran parte, es producto del trabajo de los colonos-destechados. "Invasiones", "tomas" y "ocupaciones" no pueden ser consideradas

como asunto sensacionalista, de "orden público", judicial o como un cómodo espanta-burgueses. Deben ser analizadas sin prejuicios, como uno de los elementos que integran la fase actual del proceso de urbanización nacional. Así podremos, quizás, establecer una nueva categoría territorial histórica de la urbanización: la colonización popular urbana (Aprile-Gniset, 1992: 558).

Para el autor, la *colonización popular urbana*, de carácter solidario, y adelantada de manera concertada y organizada, implica el desmonte de un pastizal para transformarlo en barrio. Exige trabajos colectivos para adecuar las laderas y explanar pendientes inclinadas, abrir calles y escaleras valiéndose de herramientas y materiales en desuso, buscar agua potable, extender mangueras, cavar pozos, canales de aguas negras, instalar lavaderos, baños colectivos, conectarse a redes de energía, construir salones para la escuela y para las reuniones comunales. Por su carácter ilegal, el proceso se ha desarrollado de forma clandestina bajo la amenaza tanto del riesgo natural como de la represión del Estado (Aprile-Gniset, 1992: 622s).

Siguiendo su argumentación, se trató de un traslado de la violencia que operó en el campo y al cabo de su culminación, pasó a la ciudad. La lucha anterior de los colonos pioneros contra los latifundistas en el campo migró junto con ellos a la ciudad. Los antiguos grupos de líderes campesinos que defendían sus tierras colonizadas se convirtieron en líderes de los destechados urbanos para reclamar el derecho al suelo urbano. Al aprender de su anterior experiencia de lucha en el campo, cuando fueron expropiados por los latifundistas, desde finales de los cuarenta los colonos innovaron en la ciudad la expropiación del latifundio urbano, y ocuparon predios ociosos en espera de la especulación, con lo que generaron una reforma urbana popular (Aprile-Gniset, 1992: 618ss).

A Cardona le preocupaban los grupos urbanos "marginales" que se fueron generando, no solo compuestos por migrantes sino también por población proveniente de la misma metrópoli (Cardona, 1968: 18s). La incapacidad de asumir el golpe cultural con la sociedad moderna y la facilidad de adquirir tierra a bajos costos o la posibilidad de *invadir*⁵ terrenos con éxito, propiciaban la localización de los

⁵ Se ha llamado en Colombia *invasiones* a la toma u ocupación de terrenos ajenos, públicos o privados, por parte de una o varias familias como estrategia de acceso al suelo urbano para autoconstrucción de vivienda. Por lo general, esos procesos se desarrollan en un ambiente conflictivo y de lucha con el Estado y el aparato policial. La mayoría de los procesos de ocupación iniciados por medio de *invasiones*, han sido reconocidos y legalizados años después por el Estado.



inmigrantes en la periferia urbana, donde surgían asentamientos espontáneos de carácter evolutivo y se iban creando sub-culturas que les permitían insertarse lentamente en la ciudad en un proceso de “aculturación”, es decir, un proceso de acomodación gradual al espacio urbano. Tales sub-culturas de periferia, donde predominaban aún patrones rurales-tradicionales sobre los modernos-urbanos, eran el escenario de la llamada *marginalidad urbana*, fuera del sistema dominante (Cardona, 1968: 12ss).

Para Cardona, si bien los establecimientos espontáneos marginales estaban constituidos por población principalmente migrante, éstos fueron resultado de un proceso posterior de inserción y no se desarrollaron en el momento inmediato de su llegada. Basado en otros estudios, el autor argumenta que cuando los migrantes se deciden a invadir, ya se encuentran en una etapa relativamente avanzada de su “aculturación”. Además, la mayoría de las invasiones han estado acompañadas de una organización previa que requiere tiempo de gestación; esto se comprueba al observar que casi todas las *inversiones* se han realizado en terrenos fiscales (estatales) y no en tierras de propiedad particular, lo que significa que la operación ha sido planificada para asegurar su éxito (Cardona, 1968: 22s).

Para Cardona (1968: 30), el proceso de “aculturación” en la ciudad se iniciaba con la migración, continuaba con la residencia en las casas de *inquilinato*⁶ y terminaba con la invasión, en un período aproximado de cinco etapas y 10 años. A través de varios traslados intraurbanos, los migrantes pasaban de una situación inestable, con fuerte nexo con el campo y sin identificarse con el ámbito urbano, a posiciones más estables y de identidad social con la ciudad, que los llevaban a conformar organizaciones previas para efectuar con éxito, como única alternativa de acceso permanente a la tierra urbana y de inserción en la sociedad, invasiones de terrenos, los que los convertía en potenciales agentes de cambio social. Para el autor, las invasiones de terrenos fueron producto tanto de la incapacidad del sistema político para responder a las demandas habitacionales de los nuevos migrantes como de la imposibilidad de detener el proceso migratorio (Cardona, 1973: 312ss).

⁶ Cardona (1969:103) define las casas de inquilinato en Colombia como viviendas en deterioro ubicadas en áreas centrales de la ciudad, antiguas residencias de las familias ricas, que se constituyeron en centros de recepción de familias de migrantes procedentes de las zonas rurales. Para Vernez (1976:143) “un inquilinato es un cuarto arrendado en una vivienda, apartamento o casa ocupada por otra familia, o una pieza, apartamento o casa compartida por más de una familia. El compartir la habitación o la vivienda divide los costos de arrendamiento entre dos o más familias”.

En un estudio realizado para la ciudad de Bogotá, Georges Vernez (1976: 142s) aportó otro componente a la caracterización del proceso de asentamiento de inmigrantes. El autor argumentaba que a pesar de que varios estudios afirmaron que en la ciudades latinoamericanas el centro de la ciudad era el punto de entrada de los inmigrantes y que una vez mejoraban su situación se dirigían a barrios de la periferia, tal afirmación no se confirmó totalmente para el caso de Bogotá, donde la mayoría de inmigrantes se dirigían primero a viviendas arrendadas o inquilinatos en barrios de la periferia y en pocos casos a los ubicados en el centro de la ciudad, donde la oferta era limitada. Los inmigrantes que tenían parientes o amigos en la ciudad tendían a localizarse en tales barrios porque sus conocidos, allí residentes, podían orientarlos sobre las oportunidades de empleo y vivienda, mientras que los que no contaban con ningún vínculo, terminaban en los inquilinatos del centro de la ciudad (Vernez, 1976: 167s).

Para Vernez, a medida que la oferta de vivienda para los inmigrantes decrecía en el centro de la ciudad, aumentaba en los *barrios piratas*⁷ de la periferia. Además, en estos barrios la propiedad de la vivienda le daba la posibilidad a la familia de elevar sus ingresos a través del arriendo de un espacio a nuevos inquilinos (Vernez, 1976: 148ss). El autor afirma que la mayoría de inmigrantes han hecho más de dos trasladados a otras viviendas alquiladas antes de adquirir vivienda y esos cambios de residencia son motivados por el deseo de más espacio y más servicios, esto significa que el motivo principal de los trasladados residenciales intraurbanos está en el deseo de ser propietario de vivienda (Vernez, 1976: 157).

Para concluir, las citadas investigaciones respecto a la expresión espacial de la urbanización y al proceso de asentamiento de inmigrantes demostraron una vez más que, también en ese aspecto, el caso colombiano presentó particularidades respecto al latinoamericano.

⁷ Se conoce en Colombia como *barrios* o *urbanizaciones piratas*, aquellos de origen ilegal, fuera de los requerimientos urbanísticos oficiales, desarrollados por un especulador que divide un gran terreno privado de su propiedad o de un tercero, y vende lotes individuales, muchas veces con títulos de propiedad, pero sin infraestructura básica, casi siempre en terrenos de difícil manejo y con riesgos de inundación o deslizamiento de tierras, quedándose con el máximo de la ganancia sobre el terreno. Las familias acceden a la oferta atraídas por las facilidades de pago y los bajos costos de la tierra con respecto al mercado legal de vivienda. En otros casos, el vendedor es un estafador que ofrece lotes de un terreno privado sin dueño conocido y sin títulos de propiedad. Así como con las *inversiones*, la mayoría de los procesos de ocupación iniciados por medio de la *urbanización pirata*, han sido reconocidos y legalizados años después por el Estado.

El predominio de la vivienda compartida o *inquilinatos* de migrantes en el centro histórico de las ciudades no se dio en el caso colombiano con la misma intensidad que en otras ciudades de Suramérica, como por ejemplo en Lima. Las periferias urbanas fueron el principal escenario de los asentamientos espontáneos de inmigrantes, tanto en las primeras como en las últimas etapas de inserción. Adicionalmente, las investigaciones coinciden en que tales procesos espontáneos, sean a través de *invasiones* o de *barrios piratas*, se desarrollaron en medio de un contexto conflictivo con el Estado y con grandes propietarios privados de terrenos urbanos. En ese sentido, la interpretación del proceso como un fenómeno de *colonización popular urbana*, aporta importantes elementos para entender la urbanización como un proceso ligado a los sucesos rurales y como una expresión urbana de los conflictos por la tierra, aún vigentes en Colombia.

Reanudación y redistribución territorial del proceso de urbanización desde 1980: las selvas colombianas, el nuevo escenario de colonización, conflicto, destierro y urbanización

Ajudicación de los conflictos bélicos en el campo, nuevas colonizaciones agrarias y nuevas migraciones a las ciudades

A pesar de la evidente concentración urbana del país desde mediados del siglo XX, las zonas rurales continuaron experimentando cambios y conflictos. Desde la década de los años setenta, la economía y la estructura territorial rural del país presentaron nuevos rumbos y desarrollos, a la par que los conflictos no resueltos de la época de la *violencia* se fueron agudizando, con la integración de nuevos actores e intereses. Un aspecto relevante de la estructura espacial que entró a modificar en los años setenta y ochenta el patrón territorial y de poblamiento rural del país fue la ampliación de la frontera agrícola. Nuevas colonizaciones se desarrollaron, como a principios del siglo XX, de manera espontánea, dentro de un ambiente conflictivo y sin el mínimo apoyo estatal. Los escenarios de la expansión de la frontera agrícola fueron, esta vez, las selvas húmedas de regiones cálidas como la zona media del río Magdalena, la zona de Urabá y las regiones de la Amazonía y Orinoquia (Cuervo y Jaramillo, 1987: 362s).

Los campesinos que no se dirigieron a las ciudades después de ser desterrados tanto por la agricultura comercial de la región andina como por los conflictos de la *violencia*, hicieron parte integral del grupo de nuevos colonos que ocuparon las selvas húmedas, lo que generó

allí un aumento poblacional y propició el crecimiento de poblados secundarios. Pero los nuevos territorios selváticos colonizados, tradicionalmente caracterizados por tener una gran riqueza en biodiversidad, recursos de valor económico, una baja densidad poblacional y ser hábitat de comunidades indígenas, se convirtieron, también, en escenario de conflictos violentos tras el control del territorio y sus recursos.

Según los estudios de Fajardo (2002: 46), la fallida reforma agraria de los años sesenta desembocó en una titulación de tierras baldías en las áreas donde se expandió la frontera agrícola (nuevas zonas de colonización), lo que facilitó la reproducción de los patrones latifundistas y se repitió, así, el proceso de apropiación territorial de inicios del siglo XX en la región andina. La crisis de la agricultura a finales de los años setenta condujo a que se generara en las zonas de nueva colonización la implantación de cultivos ilícitos, principalmente de coca. Los grandes narcotraficantes encontraron en las áreas marginales colonos pobres dispuestos a trabajar en la producción como única alternativa de ingresos y fueron, además, presionados con estrategias violentas a trabajar o a entregar a bajos precios su producción. En tal escenario de precarias condiciones socio-económicas y donde la presencia del Estado era casi inexistente, intervino la insurgencia armada para controlar la producción y el comercio de la base de coca, con el establecimiento de impuestos sobre la compra del producto (Fajardo, 2002: 48).

Según Jaramillo (2007), a pesar de que el conflicto armado actual tiene raíces en el pasado, Colombia vive hoy un fenómeno de mayor complejidad influenciado por el proceso de globalización. La redefinición de las relaciones entre el Estado y los agentes capitalistas privados se ha dado también en el caso colombiano; pero en este caso, fue el capital ilegal privado el que tomó mayor fuerza, amenazando la estabilidad del Estado. Para Jaramillo, el crimen organizado es un capital, es un sujeto importantísimo de la globalización, inevitable, y muy difícil de controlar por el capital formal y por el mismo Estado. La incapacidad que tiene el Estado central de hacer una regulación sobre todo el territorio, la emergencia de ejércitos privados al servicio del capital ilegal, y por supuesto, la posibilidad militar de la insurgencia y de la contrainsurgencia, pueden no ser una situación simplemente pasajera (Jaramillo, 2007).

En ese sentido, el narcotráfico, como capital ilegal, juega un rol muy importante en el proceso de configuración espacial del país. Desde los años ochenta, el estable-

cimiento de cultivos ilícitos en nuevas zonas de colonización inciden en la estructura de la propiedad de la tierra, lo que genera conflictos y movimientos migratorios. Fajardo (2005) anota que históricamente el despegue de nuevas fases de desarrollos empresariales en los campos ha provocado desplazamientos. En los años cincuenta y sesenta fueron los cultivos de la agricultura comercial como caña de azúcar, banano, arroz y algodón y en los años ochenta y noventa, la palma africana y los cultivos ilícitos.

El conflicto armado actual, permeado por el narcotráfico, con plena participación e interés de paramilitares y guerrillas, además de la Policía Nacional y las Fuerzas Militares, ha provocado nuevos desplazamientos forzados de campesinos que, para Fajardo, son el resultado ampliado de las formas de apropiación y valorización del suelo (Fajardo, 2002: 70). Tanto el capital coquero como los desplazamientos forzados han alimentado la urbanización del país en estas nuevas zonas antes poco pobladas, claros ejemplos de las transformaciones urbanas se encuentran en las selvas orientales del país, las regiones de la Orinoquia y la Amazonia.

Según los datos de CODHES (2006: 3), alrededor de 3,9 millones de personas han sido desplazadas en Colombia desde 1985 hasta 2006. El principal destino de los nuevos migrantes forzados es el mismo que en el pasado: la ciudad. Los centros urbanos se convierten entonces en *ciudades-refugio*. Pero, ¿qué ciudades se ven afectadas por el fenómeno? Los análisis estadísticos de Nubia Ruiz demuestran que no son exclusivamente las metrópolis colombianas las que reciben el mayor flujo de desplazados; también las ciudades menores, localizadas en las regiones expulsoras, reciben un importante número. Según Ruiz, la migración forzada tiene un carácter endógeno, es decir, la población expulsada evita salir de su región y alejarse de sus referentes territoriales y culturales y, por tanto, prefiere desplazarse hacia municipios dentro del mismo departamento o hacia el departamento vecino. El mayor impacto lo soportan municipios pequeños, los cuales reciben gran número de población proveniente de la zona rural. Los principales destinos son las ciudades próximas al sitio de expulsión, aunque existe una alta concentración de población en las capitales de departamento (Ruiz, 2006).

Las ciudades-refugio de hoy. Primeras aproximaciones respecto a su reconfiguración espacial: ¿de nuevo la colonización popular urbana?

Según el último censo poblacional, la población total de Colombia alcanzó, en 2005, los 42 millones de habitantes, con casi un 75% ubicado en centros urbanos (DANE, 2007). Es bastante probable que, aunque no sea el único factor influyente, la migración forzada que se produce en el campo desde mediados de los años ochenta esté incidiendo en el incremento de la concentración urbana actual. No obstante, a pesar de las evidencias notorias en las ciudades, existen pocos trabajos empíricos que contribuyan a establecer en qué medida y de qué manera el desplazamiento forzado incide en el proceso de urbanización en Colombia.

No obstante, a pesar del carácter reciente de la investigación en el área, existen algunas investigaciones que esbozan unas primeras hipótesis acerca del tema. Desde un enfoque socio-cultural y antropológico, Deicy Hurtado y Gloria Naranjo intentan comprender cómo los migrantes forzados están reconfigurando las ciudades actuales, con base en el análisis del caso de Medellín. A partir de la tesis que Aprile-Gniset planteó en décadas pasadas para entender las transformaciones de la ciudad moderna, las autoras ofrecen la hipótesis de que los desplazados forzados han definido nuevamente la construcción y apropiación de las actuales ciudades colombianas mediante procesos de co-

lónización urbana, asociados a la existencia de relaciones conflictivas con urbanizadores piratas, partidos políticos y, en particular, con el Estado (Hurtado y Naranjo, 2002).

Para las autoras, los procesos de *colonización urbana* que adelantaron los migrantes de mediados de siglo XX se repiten de nuevo en la ciudad contemporánea. La inserción de los desplazados en la ciudad en calidad de pobres absolutos está produciendo la expansión y densificación de la ciudad hacia la periferia. Estos procesos se reproducen en medio de un ambiente conflictivo con el Estado y el resto de la sociedad urbana (Hurtado y Naranjo, 2002). En cuanto al proceso espacial de asentamiento en la ciudad, Naranjo define las siguientes modalidades: En primer lugar, identifica los asentamientos nucleados que surgen como producto de invasiones de terrenos realizadas por desplazados que se encontraban dispersos en otros barrios y que se agruparon para tal fin después de tres o cuatro meses de habitar en la ciudad. En segundo lugar, la autora identifica la modalidad de asentamiento disperso en barrios de la ciudad, donde los desplazados encuentran familiares o amigos que les brindan un espacio de estadía temporal mientras se ubican definitivamente en otro lugar (Naranjo, 2004: 294s).

Mercedes Castillo y Carlos Torres, en una investigación desarrollada en ocho ciudades colombianas, en donde observan el comportamiento de asentamientos espontáneos surgidos en la década de los noventa, señalan que dentro del gran grupo de asentamientos, predominan los procesos de invasión de terrenos adelantados por población desplazada. Los autores anotan que se mantiene la constante de que el migrante llega primero a otro sector de la ciudad antes de llegar al asentamiento que invade; es decir, cuando llega a la ciudad no trae la intención de invadir y permanece un tiempo relativamente largo en un barrio receptor antes de llegar al asentamiento nuevo. Sin embargo, en algunos barrios donde casi todos los pobladores son desplazados, la tendencia es a llegar directamente al nuevo lugar a través de procesos organizativos acompañados por organizaciones no gubernamentales o políticas (Castillo y Torres, 2005: 12s).

Como parte de la tesis doctoral y de la profundización de una investigación previa, la autora de este artículo ha analizado el impacto urbano de desplazados forzados en Mocoa, capital del departamento del Putumayo. En Mocoa, un municipio de 36.185 habitantes (censo 2005), ubicado en el piedemonte amazónico colombiano, en una región de colonización reciente, en medio de un agudo conflicto armado y de un territorio dominado por los cul-

tivos ilícitos de coca, se registraron en el casco urbano, entre 1998 y 2005, un total de 12.953 personas desplazadas. Como resultado de la llegada de tan alto número de inmigrantes forzados procedentes del Putumayo y de los departamentos vecinos, se han producido transformaciones urbano-rurales significativas en la espacialidad y desarrollo de este municipio (Sánchez, 2007: 101ss). ¿Cómo se expresan los cambios espaciales en esta *ciudad-refugio*? La más compleja problemática espacial se da fundamentalmente en una amplia franja periférica de la ciudad. Todos los asentamientos nuevos de *invasión* o *pirata* surgidos a partir del año 2000 (seis asentamientos) fueron iniciados y ocupados por familias desplazadas. Los asentamientos han sido el resultado de una segunda etapa de inserción en la ciudad, tras haber pasado una primera etapa, en la cual los inmigrantes se ubicaron de manera dispersa en barrios populares no consolidados, pagando arriendos y donde la disponibilidad de espacio es limitada (Sánchez, 2007: 110).

Esa segunda etapa de inserción se da tiempo después de adaptarse al nuevo medio y haber decidido quedarse definitivamente en el municipio. La tendencia de la familia es a buscar “vivienda y tierra propia” ya sea mediante la invasión de terrenos o con la compra de lotes piratas en zonas no aptas para la urbanización en las afueras de la ciudad. Podría decirse aquí, que los procesos de *colonización popular urbana* parecen reproducirse también en el caso de Mocoa, sobre todo en aquellos asentamientos ubicados en terrenos que bordean la línea del perímetro urbano, donde la disponibilidad de espacio es limitada. Los lotes de engorde de propietarios privados o aquellos despreciados por sus difíciles condiciones topográficas y por estar en riesgo de amenazas naturales, se han venido transformando; los colonos e indios desterrados han colonizado espontáneamente los potreros y con el tiempo los han convertido en barrios urbanos.

Un aspecto interesante que caracteriza otros asentamientos, en especial los ubicados en la zona rural inmediata al centro urbano y en predios estatales invadidos (más alejados del perímetro urbano y con mayor disponibilidad de espacio), es que allí los campesinos desplazados, lejos de desear convertirse en pobladores estrictamente urbanos, buscan una cercanía con las actividades y costumbres rurales pero en vínculo constante con los servicios que presta la ciudad, los canales de comercialización que ofrece y las garantías de seguridad que no encuentran en el campo. En este caso, parece que se mezclaran aspectos de la colonización agraria y la colonización urbana. Como resultado, han surgido asentamientos que podrían llamarse *agro-urbanos* (incluso la

comunidad los denominan ya como “nuevos caseríos”), en donde sus pobladores realizan un loteo (relativamente denso para ser rural) y reservan espacios no solo para la vivienda, sino también para huertas caseras, producción piscícola artesanal, cría de pollos, zonas recreativas, escuela, iglesia y lote comunal. A la vez, han logrado la extensión de redes eléctricas veredales, así como una ruta de transporte público urbano. Los jóvenes asisten a los colegios de secundaria en el centro de Mocoa y los productores venden en el mercado central los peces y pollos. La conformación de nuevos sectores en un territorio intermedio entre el suelo urbano y el suelo rural, presupone la redefinición de estos dos ámbitos tradicionalmente opuestos. Los desplazados a cargo de estas transformaciones han desarrollado espontáneamente una reestructuración territorial, sin que los planificadores urbano-regionales se percaten de ello.

Conclusiones finales

Como en los años cincuenta y sesenta, las periferias urbanas son hoy el principal escenario de los asentamientos espontáneos de migrantes forzados y es posible identificar allí procesos de *colonización popular urbana* como los que colonos destachados de mediados de siglo XX desarrollaron en el pasado en su proceso de integración a las urbes. De manera muy similar, los desplazados forzados de hoy adelantan en la ciudad contemporánea, como única alternativa de acceso a la ciudad, la ocupación de terrenos mediante invasiones o en urbanizaciones piratas, lo cual aumenta el crecimiento urbano espontáneo al margen de las políticas urbanas estatales.

Los procesos de asentamiento evolutivo que se identificaban en los años sesenta y setenta se pueden encontrar también en las ciudades actuales. Las diferentes etapas que atraviesan los inmigrantes en su proceso de inserción al espacio urbano, las acciones colectivas y organizativas que adelantan y los conflictos que se presentan con el Estado y demás actores urbanos son también una constante hoy.

En Colombia se ha percibido el reciente desplazamiento forzado como un fenómeno temporal y como un problema solamente de orden nacional y no local o regional. Los municipios evitan incluir políticas de largo plazo que integren u ofrezcan soluciones alternativas a los inmigrantes, sin tener en cuenta la ya longevidad del fenómeno, lo que genera sentido de pertenencia en los migrantes en las ciudades que, ante las bajas posibilidades de retorno, buscan alcanzar un establecimiento permanente.

Pero no solo las grandes ciudades colombianas experimentan tales procesos; también pequeñas ciudades ubicadas en zonas de agudo conflicto sufren cambios en su configuración urbano-rural. Por tratarse de centros cercanos a su lugar de origen y relativamente seguros, los campesinos desplazados los escogen como destino en su intento por no alejarse completamente de sus referentes culturales y territoriales. La presión y especulación sobre el suelo urbano se siente menos en las pequeñas ciudades, por lo que ciertos asentamientos en zonas de transición urbano-rural mantienen aún patrones rurales fuertes no solo en lo espacial sino también en lo productivo ligado a la supervivencia y a la actividad económica, particularidades que no necesariamente entran en conflicto con el ámbito urbano y, por el contrario, pueden constituirse en una alternativa de desarrollo de carácter híbrido.

No obstante, la producción investigativa alrededor del tema es aún reducida; es importante realizar estudios empíricos que aporten elementos teóricos, a fin de orientar la intervención estatal y la formulación de políticas públicas. Es necesario aprender de los procesos históricos y entender que, a pesar de la incertidumbre respecto al curso del conflicto armado interno, las transformaciones territoriales en centros urbanos ya son una realidad. La población desplazada está construyendo ciudad e influye en la urbanización del país, especialmente en regiones selváticas y conflictivas. Esto obliga a repensar incondicionalmente las políticas de ordenamiento territorial y plantear con flexibilidad alternativas socio-económicas para nuevos y antiguos pobladores urbanos.

Bibliografía

- APRILE-GNISET, Jacques (1992). *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- APRILE-GNISET, Jacques (2007). "Memorias del destierro y del exilio", artículo de ponencia presentada en la Cátedra Jorge Eliécer Gaitán I-2007, mayo de 2007, Bogotá, pp. 24. En: <http://www.catedras-bogota.unal.edu.co/gaitan/2007I/sesiones.htm>, [consulta: 24 de mayo 2007].
- APRILE-GNISET, Jacques y MOSQUERA, Gilma (1978). *Dos ensayos sobre la ciudad colombiana*. Cali: Universidad del Valle.
- BERNAL, Segundo (1973). "Algunos aspectos sociológicos de la migración en Colombia". En: CARDONA, Ramiro (ed.) *Las migraciones internas*. Bogotá: División de Estudios de Población, Asociación Colombiana de Facultades de Medicina.
- BERNARD, Olivier y ZAMBRANO, Fabio (1993). *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Fundación Misión Colombia, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- CARDONA, Ramiro (1968). *Migración, urbanización y marginalidad*. Bogotá: División de Estudios de Población, Asociación Colombiana de Facultades de Medicina.
- CARDONA, Ramiro (1973). "Los asentamientos espontáneos de vivienda. Aspectos sociales de los programas de mejoramiento". En: CARDONA, Ramiro (ed.) *Las migraciones internas*. Bogotá: División de Estudios de Población, Asociación Colombiana de Facultades de Medicina
- CARDONA, Ramiro y SIMMONS, Alan (1978). *Destino la metrópoli. Un modelo general de las migraciones internas en América Latina*. Bogotá: Corporación Centro Regional de Población.
- CASTILLO, Mercedes y TORRES, Carlos (2005). *Caracterización de la ciudad, el hábitat y la vivienda informal en la Colombia de los años 90*, mayo de 2005, Bogotá. En: <http://www.bogotalab.com/home.html>, [consulta: 14 de agosto 2007].
- CODHES (2006). "Más o menos desplazados". En: *Codhes Informa*, Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, No. 69, 12 de septiembre de 2006, Bogotá.
- CUERVO, Luis Mauricio y JARAMILLO, Samuel (1987). *La configuración del espacio regional en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, CEDE.
- DANE (2007). "Población censada después de compensada por omisiones de cobertura geográfica (1,22%) y contingencia de transferencia (0,26%), en 1973, 1985, 1993 y 2005, por áreas, según departamentos", información

- del Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE–, 2007. En: "Totales de población de 1973 a 2005", http://www.dane.gov.co/index.php?option=com_content&task=category§ionid=16&id=269&Itemid=750, [consulta: 14 de agosto 2007].
- FAJARDO, Darío (2002). *Para sembrar la paz hay que aflojar la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- FAJARDO, Darío (2005). "El desplazamiento forzado, ¿palanca del 'desarrollo'?" En: *UN Periódico*, No. 84, 27 de noviembre de 2005, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. En: <http://www.unperiodico.unal.edu.co/ediciones/84/05.htm>, [consulta: 13 de noviembre 2006].
- FORNAGUERA, Miguel y GUHL, Ernesto (1969). *Colombia. Ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- HURTADO, Deicy y NARANJO, Gloria (2002). "El derecho a la ciudad. Migrantes y desplazados en las ciudades colombianas". En: *Boletín Desde la Región*, No. 37, agosto de 2002, Corporación Región, Medellín.
- JARAMILLO, Samuel (2007). "La globalización y las violencias", ponencia presentada en la Cátedra Jorge Eliécer Gaitán II-2007, octubre de 2007, Bogotá. En: <http://www.catedras-bogota.unal.edu.co/gaitan/2007II/documentos.htm>, [consulta: 23 de junio 2008].
- McGREGORY, William (1968). "Causas de la migración interna en Colombia". En: *Empleo y desempleo en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, CEDE.
- NARANJO, Gloria (2004). "Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El 'reasentamiento de hecho' y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización". En: BELLO, Martha (ed.) *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- PALACIOS, Marco (1995). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Editorial Norma.
- RUIZ, Nubia (2006). "Desplazamiento forzado en Colombia 2000-2004. Aportes teóricos, análisis demográfico y territorial". En: *Cuadernos del CIDS*, Serie 3, No. 6, diciembre de 2006, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- SÁNCHEZ, Lina (2007). *Impacto urbano del desplazamiento forzado en Mocoa - Putumayo. Elementos de diagnóstico y planteamientos para un re-ordenamiento espacial*. Bogotá: CINEP.
- VERNEZ, Georges (1976). "Traslados residenciales de los inmigrantes de bajos ingresos: el caso de Bogotá, Colombia". En: CARDONA, Ramiro (ed.) *Colombia: Distribución espacial de la población*. Bogotá: Corporación Centro Regional de la Población.